



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XVI

DEOANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1328-1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 6 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción

Administración

SABADO 10 DE MARZO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Para tratar de procesiones

La secretaria de la grey marraja ha recordado á los cofrades de Jesús Nazareno que el viernes de la semana próxima tendrá lugar en la parroquia de Santo Domingo el miserere inaugural de la novena que anualmente dedican al patrón.

No es eso todo: terminado aquel acto religioso se reunirán los hermanos en la sacristía, en junta general, para tratar de procesiones.

Antiguamente, cuando se circulaban estas papeletas se producía expectación en la ciudad. La celebración de la junta despertaba interés y la generalidad de los vecinos vivía intrigada, esperando la publicidad del acuerdo, que ó se exteriorizaba por medio de una música que recorria las calles indicando que las procesiones se celebrarían, ó con el silencio, que quería decir en este caso que los marrajos se quedaban en casa.

Los tiempos han variado; las costumbres son otras. Hoy esa junta no produce expectación, ni despierta interés, porque es sabido lo que ocurrirá. Se tratará de procesiones, se dirá que no hay dinero para celebrarlas, y ante esa carencia de fondos se tomará un acuerdo negativo, como el que se tomó el año pasado y como el que se tomará en los que vayan sucediéndose de hoy en adelante.

Hay que renunciar para siempre á que en la noche de la celebración del miserere hiera nuestros oídos aquella alegre marcha que anunciaba las fiestas. No hay dinero, ni lo habrá el año próximo, ni los que le sucedan, y ante esa dificultad tan grande no hay más remedio que bajar la cabeza y resignarse.

Sin embargo, más que dinero falta voluntad. Jamás lo tuvieron los marrajos; pero tenían un acopio tan grande de aquella virtud y el corazón tan abierto al entusiasmo, que realizaban cuanto se proponían, aunque fuese sa-

car á la calle el Entierro de Cristo después del toque de aletuya.

¡Dinero! ¿Cuándo se han visto los marrajos detenidos por falta semejante? Nunca. El dinero tenía en sus acuerdos papel muy secundario, pues sabían que con una comisión que nombraran para recaudarlo en el pueblo lo obtenían.

Ahora ocurriría lo mismo; pero no hay entusiasmo y á eso será debido que este año, como el anterior, no oigamos la llamada después de la celebración del miserere.

Sólo un medio habría para que las cosas pasaran de otro modo, pero á la falta de entusiasmo de la grey marraja responden los gremios con su suicida indiferencia.

Suicida es, sí, permanecer mano sobre mano, indiferentes, perezosos, sin pensar que actitud semejante daña sus intereses con lesión enorme.

¿Lo dudan? Pues comparen entradas con entradas y vean la diferencia entre los años que ha habido fiestas de Semana Santa y los que no se han celebrado.

¿Les place continuar así? Pues no abandonen su cómoda actitud que bien cara les cuesta. Pero por si desean abandonarla y acogerse al único remedio que hay para que las procesiones no pasen á la historia, pónganse de acuerdo y acudan el próximo viernes á la junta de los marrajos y ofrezcan los recursos que se necesitan para realizarlas.

La cantidad no es grande y entre muchos á poco tocará.

Si aceptan el remedio dénse prisa, porque sólo hay de plazo una semana. Reúnanse, pónganse de acuerdo y concurren si les conviene que haya procesiones.

Si no les conviene no hay nada de lo dicho.

## TIJERETAZOS

La noticia de que el Gobierno está conforme con que sólo se restablezca el artículo séptimo del código de jus-

ticia militar nos produce un abrimiento de boca, de la que se escapa el ¡ah! más formidable.

¿Y para venir á esa conclusión se ha estado discutiendo casi un mes?

Leemos:

«Los villaverdistas han vuelto á negar su aproximación al Gobierno.»

Según los que sean.

Si se trata de los que piensan irse con los conservadores hacen bien en negarlo.

Los otros no lo negarán.

Dice un periódico que en Madrid hay apaches.

¿Pues hay más que buscarlos para darles memorias y fletarlos para su país?

Leemos:

«Las noticias de Fraga acusan en aquella comarca un estado creciente de miseria que el Gobierno debe tener en cuenta para no limitar su acción benéfica á Andalucía ó á otra determinada región.»

El mal radica en toda España y exige remedios categóricos, no paliativos ni paños calientes.»

En efecto, así es; pero ¿cuáles son esos remedios categóricos y cómo se aplican?

Y en cuanto á los paliativos y paños calientes que se aplican á la región andaluza ¿cómo extenderlos á toda la nación?

Esa cuestión se agita entre dos imposibles, y si los particulares no ayudan al gobierno no tiene solución.

Pero han de deponer sus exigencias los obreros, porque de ellos arranca el conflicto de un modo principal.

## FUENTES DE RIQUEZA

### El agua fecunda

El sustento, la fuente primaria de la riqueza nacional, es la agricultura. Los primeros pasos de nuestra labor restauradora tienen, por consecuencia, que encaminarse á esforzar la fecundidad del suelo.

Fuera éste como nos enseñaran en la escuela, en mi sentir con notoria y evidente equivocación; fuera éste de

una fecundidad extraordinaria; luvieramos por don singularísimo que nos otorgara la Providencia aquel valor ingénito y aquella fertilidad extraordinaria que se nos decía, y en realidad no habría por qué hablar de mejoras de la agricultura, de la instrucción; pero una cosa es lo que se nos dijera cuando niños y otra bien distinta es la realidad.

Nuestra Península tiene en la cordillera pirenaica ingente muralla que impide las lluvias; la costa levantina nos pone en comunicación con África y con las bocanadas del Sahara, y por ello acusan las mediciones pluviométricas tan desconsoladores resultados. Mientras en la costa Norte se registran de un metro y medio á dos metros de lluvias el pluviómetro jamás pasa en Murcia, Aragón y Andalucía de 250 milímetros.

Con sólo recordar ese dato tenemos que decir que la decantada ferocidad nativa de nuestro suelo no es cierta, que es algo que soñaron los poetas, pero que la realidad no confirma.

Con ser grave la falta de agua, todavía lo es más la irregularidad de esas lluvias.

Pero esta irregularidad, que deja á los campos prematuramente agotados ¿es incorregible? Si contestáramos que sí, nada habría que hacer sino resignarnos.

Pero personas de competencia reconocida, que han hecho los necesarios estudios, afirman y demuestran que son fácilmente corregibles.

Al lado de esa condición adversa de nuestro clima, contamos con otras que son garantía de prosperidad y riqueza.

Nos falta la lluvia, pero tenemos el sol que es poderoso, poderosísimo auxiliar para todo lo que se refiere á la agricultura.

A nosotros nos causan grande envidia las praderas de eterno verdor que admiramos en el Norte de Europa; nos parece que aquello debe ser de una profundidad inmensamente superior á la de nuestro suelo. Pero no debemos olvidar ni desconocer que este sol que agosta prematuramente nuestras cosechas por falta de agua y de abonos, es el que produce las plantas codiciadas y el que cuaja y sazona los frutos preciadísimos que tienen pues-

to principal en todas las mesas sibiráticas de Europa. Y donde quiera que bajo ese sol nuestro se utilizan el agua y los abonos, surgen huertas como las de Valencia y Murcia, enviadas por los países de eterna pradería.

La falta de calor en aquellos territorios es algo que no puede remediarse; no pueden hacer que se rasguen las nubes, que el sol aumente su intensidad y caliente sus campos, y, sin embargo, luchan.

Los japones apenas saben lo que es el sol, y cuando ven sus cosechas mustias antes de llegar á la madurez, preparan grandes hornos cuyo calor irradiado ultime la obra que no quiso perfeccionar la Naturaleza: les falta el calor solar, pero buscan algo que lo remedie y lo sustituya.

Nosotros podemos luchar en circunstancias más favorables, porque en el combate contra la carencia ó la escasez de agua, el esfuerzo humano puede vencer; cabe, allí donde haya un río, construir muros como los que han levantado ya nuestros ingenieros, detener y embalsar las aguas para regularizar su curso y regar la campiña sedienta.

¿Por qué no lo hacemos? ¿Es que hay obstáculos invencibles? Y no he escuchado aún una impugnación abierta, clara, franca, absoluta, notoria, de lo que ha dado en llamarse «política hidráulica»; pero he escuchado, á renglón seguido de celebrarla, reparos por este estilo: «es cierto, todo eso sería ventajosísimo; pero se construye una obra hidráulica, y no tenemos abonos, enseñanza agrícola ni crédito agrícola, y no hay un labrador que disponga del dinero necesario para la modificación del cultivo». En una palabra: aun celebrando esta idea del aumento de extensión de los riegos se ponen tales trabas que, en realidad, nadie que conozca á fondo la materia se muestra inclinado á sostener estas ideas.

¿Tienen fundamento esos reparos? No riega el terrateniente, se dice; y se cita el canal del Henares, el canal del Duero, para comprobarlo. Pero el canal del Henares va lleno de agua durante todos los meses del invierno y algunos de la primavera; en el verano cuando las siembras se agotan, cuando el agua fuera menester, entonces, por

uno de sus brillantes rayos sería para él una puñalada. Vamos, no puede ser. Entonces tanto valdría como creer en Mahoma. Si el vulgo tuviera razón, tendríamos en este caso treinta personas de corazón y de talento, que se aprestarían á comer las entrañas y beber la sangre de una familia. Y nosotros dos, jóvenes ilustres de candor, de entusiasmo, ¿seríamos cómplices de esa maldad? Me dan tentaciones de preguntarle á nuestro capitalista si es hombre de bien.

—Aho a no—lo dijo Rafael—Cuando es é bien boracho, concluida la cena.

Y los dos amigos se sentaron riendo.

Colocados que fueron nuestros convidados, cada uno contempló durante un espacio de tiempo más corto toda vía que la palabra que se necesita para decirlo, el sustento golpe de vista que ofrecía aquélla larga mesa, blanca como una capa de nieve recién caída, y sobre la cual se veían simétricamente los cubiertos coronados de blancos pañecillos. Los cristales reflejaban los colores del iris; trazaban líneas

creciendo de Rossini. Vinieron en seguida los brindis insidiosos, las baladronadas y los desafíos.

Todos renunciaban á glorificarse de su capacidad intelectual por reivindicar la de las botellas, la de las bodegas, y la de las cubas.

Parecía que cada uno tenía dos voces.

Llegó un momento en que los criados sonrieron, porque todos los años que habian allí mandaban á un mismo tiempo.

Pero esa mezcla de palabras, en la cual las paradojas dudosamente luminosas, las verdades grotescamente vestidas, se entrecruzaron al través de los gritos, de las interpelaciones, de las necedades y las decalozes absolutas como se cruzan en un combate las balas, las bombas y la metralla, hubieron interesado á algún ó dos por la singularidad de los pensamientos, ó sorprendido á un político por la extravagancia de los sistemas.

Era un libro y un cuadro á la vez.

La filosofía, la moral, las religiones tan diferentes de una latitud á otra, los gobiernos, y por fin todos los grandes actos de la inteligencia humana, cayeron bajo una guañana tan larga como la del tiempo; hubieron sido difícil decidir si era mancada por la sabiduría embriagada, ó por la embriaguez sabia y porpicar.